

una falta de urbanidad á aceptar la nota de ingratitud y de inconsecuencia en la amistad. Se presentó en el alojamiento del I. Sr. Guerra, quien le recibió con un saludo tan afectuoso y expresivo, como apénas se podría explicar: pasados algunos momentos, S. S. I. dirigió á su visita esta frase, con una gravedad apasible, y delicado tono de resentimiento: "La primera visita que esperaba yo recibir en México era la de vd.; sin embargo, han pasado tres dias y vd. no me habia visto." Estas palabras produjeron en el que las escuchaba, el efecto de un relámpago que le hubiera deslumbrado: queria disculpar su falta; pero le era penoso motivar la disculpa: mas la causa del retraimiento estaba visible.....los ojos de la persona ofendida lo estaban mirando.....Una gota de sudor helado brotaba ya en la frente del reconvenido, y su vista buscaba por el suelo lo que no habia de encontrar. Entónces el I. S., con un movimiento rápido, le toma una mano, se la estrecha con violencia y le dice: "¡Basta!.....¡basta!...lo comprendo todo.... está vd. disculpado.....la dificultad que vd. tenia para verme le honra mucho.....tanto mas cuanto ménos culpable es vd. de la causa de esa dificultad." Al decir así, sus ojos no estaban enjutos. Este solo rasgo creemos que retrata suficientemente la bellísima alma del caballeroso obispo de Zacatecas. Habia dado una queja á su amigo, en la

que, mas que resentimiento, revelaba la estimacion que de él hiciera; pero comprende luego la apretura en que le ha puesto; y se apresura, se precipita á excusarle el trabajo de una disculpa penosa; y es tan generoso, tan cumplido, que aun le tributa honor por la causa involuntaria de la misma falta sobre que le habia hecho un afectuoso cargo.

En esta capital, en sus conversaciones con sus amigos, procuraba informarse sobre el estado de la cosa pública, y escuchaba con interés las relaciones que se le hacian de todo lo que pudiera importar á la paz general, al progreso moral y material; al porvenir de todo el país. Nunca fueron indiferentes para el I. Sr. Guerra, las cosas de la patria: la amaba decididamente, le entusiasmaban sus glorias y lamentaba sentidamente sus desgracias. Mas sus sentimientos patrióticos jamás le arrastraron á exageraciones impropias de su carácter é inconvenientes á su dignidad. Atravesó las épocas mas difíciles de nuestras revueltas intestinas sin dejar de ser en ellas un verdadero sacerdote, un ministro de paz, de quien se pudiera decir con justicia, que no quebraría una caña cascada, ni acabaría de apagar una mecha que aun humeara. Y esto no procedia de apocamiento de espíritu y debilidad de corazon; puesto que demostró un valor firme y reposado en circunstancias muy trabajosas, que supo dominar desde una al-

tura digna; pero la conciencia de su carácter era bastante para limitar en un círculo preciso, los arranques de una imaginacion de fuego que pudieran estimularlos disparos de un corazon de temple muy alto.

Recibió con gusto informes minuciosos á cerca de *La Sociedad Católica mexicana*, y se impuso plenamente de sus trabajos, sus tendencias, sus progresos y sus esperanzas. Alabó el grande pensamiento del ilustre fundador de esa asociacion, comprendió le elevacion de sus miras, penetró la profundidad de sus sentimientos eminentemente católicos, y bendijo la rectitud de sus intenciones. Se lisonjaba con la esperanza de que el reciente y modesto plantel podria desarrollar con los años, como el misterioso grano del Evangelio que, cuando se siembra en la tierra, es la mas pequeña entre las simientes; mas despues de sembrado, sube y se hace tan grande que echa ramas bajo cuya sombra pueden reposar las aves del cielo. Aceptó con muestras de grande estimacion un ejemplar del Reglamento de la Sociedad, y una coleccion de sus publicaciones periódicas, que le fueron presentadas por un sócio, en nombre del actual Presidente de ella. El I. obispo de Zacatecas que venia de la ciudad eterna, centro del catolicismo; que acababa de dejar su asiento entre los Padres de un Concilio Ecuménico; que habia concurrido con su voto á confirmar el testimonio de los siglos sobre la infalibilidad del Sucesor de

Pedro, no podia ménos que sentirse profundamente conmovido al oír resonar en el centro de una modesta asociacion de católicos mexicanos, el eco prolongado de la veneranda voz que desde el Vaticano hace palpar millones de corazones en toda la sobrefaz de la tierra; voz potente, de la que se puede decir en recto sentido lo que otros han dicho con dañada intencion; que es una espada cuya empuñadura está en Roma, y la punta en todas partes.

El I. Sr. Guerra, despues de algunos dias de descanso en esta ciudad, que le era necesario atendida su edad y las penalidades de un viaje tan largo, continuó su marcha para el interior. Se detuvo en Lagos, donde sus amigos se empeñaron en que hiciera alguna mansion, esperando que la estacion fuera mas benigna, y no tuviera que resentirse de la influencia de la temperatura bajo el crudo invierno de Zacatecas. A esta ciudad llegó en 23 de Febrero del presente año, é inmediatamente se dedicó á entender en el arreglo de tantos negocios como durante su ausencia, debieron reclamar su intervencion y resolucion personal.

Sus tareas fueron suspendidas por una fuerte pulmonía de que fué atacado á fines de Abril; pero restablecido en breve, siguió infatigable en el desempeño de sus atenciones episcopales, y se preparaba para continuar la visita diocesana á

cuatro parroquias, donde no la habia hecho á causa de su viaje á Roma ¡Preparativos inútiles! El buen pastor estaba ya herido de muerte, y debia llevar al sepulcro la pesadumbre de no haber podido conocer á todas sus ovejas!

El 31 de Mayo S. S. I. amaneció enfermo, y el mal se manifestó por una fuerte calentura y ligera inflamacion de garganta: el 2 y el 3 de Junio la enfermedad se sostenia, y el paciente se encontraba en continuo delirio: el 4 pareció ceder el mal, y se creyó que disminuia mas y mas en los dos dias siguientes; de manera que, los facultativos que le asistian, prescribieron la cesacion de toda medicina y que solo se cuidara de la alimentacion y reposo del enfermo. Se creia haber triunfado de la enfermedad; se habian tenido cuidados esmerosos, y empleado todos los recursos del arte; con esto se concebian esperanzas de un pronto y completo restablecimiento. Pero estas esperanzas fueron ilusorias.

Eran como las ocho y media de la noche del 6, cuando el Sr. Dr. D. José del Refugio Guerra, hermano del ilustre enfermo, su Provisor y Vicario general, se separó de la cabecera del respetable paciente, dejándole en muy buen estado, y despues de haber sostenido una conversacion muy animada: en aquellos momentos solo se le notaba una debilidad suma; pero que nada tenia de alarman-

te. Sin embargo, el venerable y primer obispo de Zacatecas, con solo un cuarto de hora de gravedad y de agonía, expiró poco despues de la media noche del 6 de Junio de 1871..... Su último esfuerzo fué como el que hiciera un justo al reclinar lánguidamente su cabeza en el seno del Señor para dormir el sueño de la paz sempiterna: su muerte fué como la deseaba el Profeta que decia: “¡Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos, y que sea mi fin semejante al suyo!”.....

¡Dichoso fin el de aquellos á quienes está prometido que no serán martirizados por el tormento de la muerte; el fin de los justos que bajan tranquilos á las profundidades del sepulcro, sostenidos por su esperanza; el morir de aquellos que no arrancan un pié de la superficie de la tierra, sino cuando han afirmado el otro en los umbrales de la eternidad luminosa.....!!! Los que al rededor de aquel mortuorio lecho acaaqan de ver inclinarse para siempre la cabeza consagrada del pontífice santo, con la suavidad con que se inclina sobre su tallo el modesto girasol al traspóner el horizonte el astro del dia, no tuvieron mas que una sola idea, un pensamiento uniforme, que les hizo entónces entonar las alabanzas del justo, con el acento doliente consagrado á los lamentos: *¡Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus?* ¡De gran precio es á los ojos del Señor la muerte de sus santos!!!

En su postrera enfermedad conservó el ilustre finado aquella paciencia y resignación que siempre tuvo en medio de sus mayores trabajos y tribulaciones mas angustiosas. Ya en sus últimos días solía decir: "Mi pobre cuerpo ha sufrido y sufre bastante; pero mi espíritu está enteramente tranquilo." Era *el espíritu pronto, en la carne flaca*, del hombre acostumbrado por mas de sesenta años á sobreponerse, luchando, á las debilidades de una naturaleza envuelta en frágil barro. Ese espíritu avezado á vencer siempre, aun en medio de la última debilitación de la carne, conservó con tal escrupulosidad los hábitos piadosos contraídos desde muchos años, que no los pudo olvidar ni aun en la fatal noche cuyo término no veía ya. En esa noche el moribundo obispo rezó el rosario de quince misterios que practicaba diaramente, así como la lectura espiritual y un rato de oración; cuando no podia hacer por sí mismo esta lectura, se le daba un capellan; pero no prescindía de ella jamás.

Escrupuloso observador de estas prácticas piadosas, en ellas fortificaba su alma y templaba su corazón para el trabajo, para la aflicción, para las tempestades del mundo: pero ni estas prácticas impedían el curso de las atenciones de la vida pública y civil, ni tales atenciones, por multiplicadas que fueran, disputaban un palmo de terreno á aquellas prácticas. Todo consistía en el orden y método

de vivir adoptado por el laborioso obispo; y ese método y orden dependía de la distribución que hacia del tiempo, económica, reglada, invariable. Este es el único recurso que queda para tener lugar de proveer á todo, á los hombres que, como el I. Sr. Guerra, viven siempre recargados de atenciones y negocios.

Muchos fueron, ciertamente esos negocios, y muy graves las atenciones que preocuparon el espíritu del Sr. Guerra desde jóven; pero ellos no fueron bastantes para disipar su alma y hacerle desentender jamás de la práctica de la virtud y de la devoción. Era piadoso profundamente; era devoto hasta el fervor: ocupado constantemente de las cosas exteriores y de los intereses de sus semejantes, tenia, sin embargo, dentro de sí mismo un retiro sagrado en la concentración de su propio espíritu. A esto acaso se debía que padeciera algunas distracciones, que á alguno habria hecho creer que divagaba lejos de sí mismo; pero en realidad no sucedía, sino que se ocultaba dentro de sí mismo, y bajaba al fondo del corazón donde siempre buscaba y encontraba á Dios.

En todas sus funciones sacerdotales traspiraba, por decirlo así, una piedad y devoción que se comunicaba á los circunstantes. Para él no habia rutina, no habia hábito en el ministerio sagrado: todo lo ejercía con gravedad, compostura y espíri-

tu de adoracion: cada vez que se le mirara ejercer una funcion sagrada, se habria pensado que era la primera, segun la fé, el detenimiento, la gravedad con que oficiara. En la celebracion del tremendo sacrificio del altar, habia veces que conmovia á los circunstantes hasta el enternecimiento. En una de estas, la última que asistimos á su misa, en el templo de la Profesa de esta capital, nos vino un recuerdo del elogio que hizo el eclesiástico del Sumo Sacerdote Simeon, y aplicándole á nuestro venerable maestro, dijimos: "Como el lucero de la mañana entre tinieblas, y como resplandece la luna en medio de su plenitud, y como sol refulgente, así brillaba él en el templo de Dios..... Como luciente llama y como incienso encendido en el fuego; como un vaso de oro macizo guarnecido de toda suerte de piedras preciosas..... Cuando subia al altar santo, hacia honor á las vestiduras sagradas. Para nuestro juicio, el primer obispo de Zacatecas, habria celebrado dignamente sobre un altar de césped á la sombra de un árbol secular, sirviendo su propio pecho de ara santa al Pan misterioso, y ofreciendo en cáliz de madera la sangre de la vida; porque el sacerdote era de oro probado al fuego, y en sí mismo llevaba un templo santo y un altar consagrado. Acabamos de decir *sacerdote de oro*; y esta expresion nos hace recordar una de las virtudes que

mas distinguieron al I. Sr. Guerra, el desinterés. El oro y la plata nada valian para él, sino por el bien que con ellos podia hacer á sus semejantes. Lo que tenia, no era suyo; sino de todos los que lo habian menester, á quienes su derecha lo daba sin que su izquierda lo supiera. En todo el periodo de su vida eclesiástica y pública, vivió de una manera muy modesta. Ocupó posiciones distinguidas en las cuales pudo aumentar su bienestar: sirvió beneficios eclesiásticos en los que pudo allegar riquezas; supuesto que ello aconteció en tiempo que todavía la holgazanería política y la hambre progresista, no se atrevian á arrebatar de la boca del sacerdote el pan que ganaba con su trabajo; y sin embargo, siempre fué pobre, y acaso percibía lo necesario para su subsistencia del modesto patrimonio de su familia.

Sus virtudes eminentes y notorias, le hicieron acreedor á la estimacion y respeto general aun entre los enemigos de la Iglesia y del sacerdocio. Atravesó tiempos muy angustiosos, en que se ha hecho la guerra al clero aun con la arma infame de las mas atroces calumnias; y á pesar de esto, jamás oimos una sola palabra que atacara, que pusiera en duda la virtud, la integridad y pureza de costumbres del I. Sr. Guerra. Sus virtudes fueron reconocidas y confesadas, no solo entre la clase eclesiástica, sino tambien por los gobiernos del país en

épocas en que el verdadero mérito ha sido tenido en algo. En reconocimiento y est testimonio de ese mérito y virtudes, en 1854 fué condecorado por el general D. Antonio López de Santa-Anna, Benemérito de la patria, con la cruz de caballero de la Orden de Guadalupe; y en 1865 fué agraciado por el Emperador de México con la de Comendador de la misma Orden. Su prudencia y aptitudes, aun para funciones extrañas á su ministerio sacerdotal, eran reconocidas y confesadas por muchas personas que le consultaban sobre negocios graves del mundo civil, y que procuraban saber su opinion, aun en asuntos del órden político. Esas aptitudes y esa prudencia tuvo en cuenta el Cabildo eclesiástico de Guadalajara, cuando en 22 de Marzo de 1846 le nombró diputado suplente para el Congreso general extraordinario, convocado en 5 de Febrero del mismo año.

Tal era el hombre ilustre de quien hoy no nos queda mas que los restos venerables, un cadáver . . . Este permaneció expuesto por tres dias; y el 9 de Junio, á las diez de la mañana, se celebraron en la catedral de la Iglesia viuda las solemnes honras que correspondian al finado ilustre, y á las que asistió una numerosa concurrencia. Concluida la fúnebre solemnidad, fué depositado el cadáver en uno de los nichos que hay en la misma catedral, prévia licencia del Gobierno del Estado.

Todas las clases de la sociedad, sin distincion alguna, en la ciudad episcopal, han dado en esta vez un testimonio muy expresivo del amor que profesaban á su Pastor; ya por los votos que hacian por su salud durante la enfermedad, ya en el sentimiento que han manifestado por su muerte. En las exequias, y principalmente al retirar el cadáver para inhumarlo, se hizo notar un llanto general en toda la concurrencia: sacerdotes y seculares, varones y señoras, grandes y pequeños, pobres y ricos, todos lloraban; todos presentaron un tributo de lágrimas sobre los restos venerables de su Obispo bien querido. ¡Escena tan conmovedora como la de los discípulos del Apóstol en Efeso, cuando se deshacia en lágrimas porque les anunciaba que ya no verian mas su rostro! Las lágrimas de amor, y de respeto, y de gratitud que caen sobre los restos mortales de un justo, son el unguento precioso que embalsama la memoria, y que defiende sus buenas obras contra la carcoma del olvido!!!

La culta sociedad de Zacatecas, con ese duelo general, ha dado un testimonio honroso de sí misma, y se ha manifestado acreedora á un Pastor que sea sucesor digno de aquel cuyo mérito supo conocer, cuya persona supo amar, y cuya pérdida sabe llorar.

A la ciudad episcopal y á toda la Iglesia viu-

da, deseamos el consuelo y la retribucion que el cielo acuerdá á toda lágrima piadosa: que en ella se cumpla lo que está prometido á los que pasan por tribulacion: "Y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos."

A las personas de la respetable familia del venerable Obispo difunto, decimos, que escrito está: que las obras del varon misericordioso no caen en el olvido; que nunca perecerá su linaje y su gloria; que sepultado su cuerpo en paz, vive su nombre por todos los siglos.

Y en cuanto á nosotros ¿qué podemos decir?... Que cuando vemos descender á su ocaso los astros cuya luz enderezó nuestros caminos en medio de las tempestades, tememos extraviarnos en una jornada, á cuyo fin nos aproximamos ya. Que cuando vemos derrumbarse una tras otra las columnas antiguas sobre que se apoyara el edificio de toda una generacion, temblamos por el undimiento del edificio todo. Que cuando vemos desaparecer esos añosos y vivientes libros, que guardaron las tradiciones de épocas mejores, presentimos la proximidad de una completa transicion, violenta, rápida é inconsciente que lo trastorna todo, y todo lo revuelve. Que cuando vemos morir á los Pastores de la Iglesia mexicana, formados en una escuela que acaso no se restablecerá jamás, nos espanta la idea de que esta Iglesia es.

té llamada en años no muy remotos á beber en abundancia las aguas de la tribulacion.....

Estas líneas, escritas con objeto de hacer notorias las ejemplares virtudes de un ilustre Obispo de la Iglesia mexicana, sean en testimonio de nuestro amor á esa Iglesia y de nuestra veneracion á los Príncipes de ella. Estas pobres páginas, sean el puñado de polvo que, la gratitud y la amistad, arrojan con respetuosa mano sobre un cadáver querido, elevando aquella final y triste plegaria al Dominador de vivos y muertos:

*Dona ei requiem sempiternam.*

México, Julio 7 de 1871.

de llamada en años no muy remotos á haber en  
abundancia las aguas de la tribulación.....  
Hasta ahora, sacadas con objeto de hacer noto-  
rias las ejemplares virtudes de un ilustre Obispo  
de la Iglesia mexicana, sean en testimonio de nues-  
tro amor á esa Iglesia y de nuestra veneración á  
los Príncipes de ella. Hasta ahora, sean  
el bálsamo de la gratitud y la amistad,  
arrajan con respetuosa mano sobre un cadáver  
preñado elevando aquella final y triste pleqaria al  
Dominador de vivos y muertos:

Donec ei requiescat in pace.

México, Julio 7 de 1871.



APUNTES BIOGRAFICOS  
DEL SEÑOR  
**PREBENDADO DE LA SANTA**  
IGLESIA METROPOLITANA  
**DE MEXICO,**  
Lic. D. Epigenio de la Piedra.

Edición de La Voz de México.

MEXICO.—1873.

IMPRENTA DE LA "VOZ DE MEXICO."

Escalerillas número 21.